

Editorial

Autor: Dora Luz Gómez de Suárez.
Médica Pediatra

¿SOMOS CONSCIENTES DE LA VIOLENCIA COTIDIANA?

Los tumores malignos en mujeres y la violencia en hombres fueron las primeras causas de muerte en nuestra ciudad en el año 2001, cuando reunimos todos los grupos de edad. Pero cuando separamos los grupos, encontramos a la violencia como provocadora de muerte, y segunda causa, en pequeñitos de 1 – 4 años edad, y como primera causa en niños de 5 – 12 años, en adolescentes y en adultos hasta los 44 años (tomado del artículo Morbi-mortalidad en Pereira 2001, de la epidemióloga Julia Inés Escobar).

Esto sumado a los accidentes en vehículos que ocupa el primer lugar en niños de 1 – 4 años, el primero en conjunto con violencia en edades de 5-12 años y el segundo en adultos jóvenes; y las muertes por suicidio, que ocupan el quinto lugar entre los adolescentes y los adultos jóvenes (igual fuente), nos tiene que conmover profundamente, porque ninguna de estas muertes ha debido ocurrir. Todas eran prevenibles. Pero ni siquiera las percibimos.

Que no nos pase como a los niños de la Granja Infantil, que cuando les pedimos que dibujaran las situaciones de violencia que han vivido, la mayoría dibujó las torres gemelas. No ven la violencia que han vivido porque están inmersos en ella; es parte de su cotidianidad. Están acostumbrados a observar a través de las ventanas las violencias de los otros. Sobre todo por esa gran ventana que es la televisión y que distorsiona la percepción de la violencia, pues si Robocop ataca hay que aplaudir, aunque salten chorros de sangre y te salpiquen. Pero si el indio es el causante de la muerte, ¡que lo maten! Así que la violencia tiene clase social. Tiene permisos especiales. Y tiene entrada a nuestra sala, por esa ventana.

Pero la violencia del descuido con el hijo, de la borrachera con el dinero del mercado, del grito y el golpe por la mala calificación, del insulto en la fila del mercado, esa no la vemos, no la percibimos porque es parte de la cultura, es parte de nuestra vida y.... ¿cómo seríamos sin ella?

Establecer un tiempo de paz en el país, requiere que miremos, no por las ventanas externas a nosotros sino en nuestro ser interior, que reconozcamos nuestras propias actitudes y acciones violentas, que pidamos auxilio a nuestro Creador para que logremos deponer las armas en la familia, ante nuestros esposos, esposas e hijos y comencemos a partir de allí a edificar una vida de respeto y tolerancia. Tendremos mejores hijos e hijas y ellos tendrán un futuro mejor.

Las estadísticas anotadas no nos pueden dejar impávidos, pues entonces el país, nuestras familias y nuestros hijos e hijas no tienen remedio.